

# Chile— obsceno desorden



“Por fin, hay orden”, clamaron en coro los filisteos en septiembre de 1973, pretendiendo ser ajenos al desorden que a ese orden condujo. Sonó la hora de los chacales del Norte y del Sur no menos que del centro. Enterrados sin lápida quedaron los cuerpos de los desordenados. Más tarde se ordenó que desaparecieran los enemigos de la patria, de modo que ni siquiera pudiera echarse sobre sus huesos un poco de ordenada tierra. Mujeres chilenas se volvieron Antígonas inquietas y vagabundas. ¡Y viva Chile, mi hermosa patria donde tanto se tortura! La palabra misma se tornó tan habitual que llegó a pasar de uno a otro en la conversación sin evocar la imagen de lo que ocurre. Ello está ahora bien cubierto, encubierto, como lo está el frío y el hambre de los más, todo tan feo y desagradable.

Hay orden. El viejo Goethe, echado sobre su amplio sillón de consejero áulico, tras firmar alegremente la sentencia de muerte de una joven infanticida, lo dijo ya: más vale la injusti-

cia que el desorden. Apoltronada la imaginación, no pensó el anciano poeta que la injusticia pudiera ser, para el que la sufre, el peor de los desórdenes.

¡Tapemos, acallemos el desorden, caballeros! Empleemos a los desempleados en sacarle lustre al orden que lo recubre a ojos vista a ciencia cierta, a más no poder y a río revuelto ganancia de especuladores.

Saquemos el desorden del escenario. En éste todo tiene que ocurrir por orden, en su orden y a la orden. El tío rico abraza al fatuo sobrino, lo felicita por lo que ha hecho y lo acaricia con ternura; a veces lo regaña con palabras de miel por no cumplir a tiempo con algunas de sus órdenes. El distinguido público aplaude el espectáculo que se ha montado para su edificación y disfrute. Lo encuentra exquisito, a la altura de su fina, de su tan fina distinción. ¡Fuera de escena el obsceno desorden! Al distinguido público lo tiene sin cuidado a dónde ese desorden pueda ir a parar. Váyanse

de los barrios elegantes los andrajosos. Son todos unos mentirosos y sinvergüenzas. Fingen tener hambre sólo para conmover a los siúuticos que, de compasivos, suelen volverse subversivos. Se quejan de puro llenos que están. ¡Basta ya que va a estallar! No molesten con sus quejidos y pedidos inoportunos a la señora que se dirige hacia su piscina particular. No perturben a los cisnes que bogan por las lagunas del parque. Si les place ser mendigos, séanlo enhorabuena en sus poblaciones y arrabales. Pobres encontrarán allí que les darán lo que quieren. ¡Que afán de pedirle al rico! Si los ricos dieran plata, dejarían de ser ricos. Y entonces ¿qué sería de los pobres? Por virtud del principio de los contrarios, sin ricos, los pobres dejarían de ser. Ya no los matarían las enfermedades ni la desnutrición, ni las balas, sino la lógica. La muerte lógica es terrible muerte. Yo no se lo deseo ni a mi peor enemigo. Que nos falte cualquier cosa, pero no la lógica ni el contrario. En fin, basta de contrariedades. Vamos a cantar y a aplaudir:

“¡Viva la blanca y majestuosa montaña y los campos bordados de flores que mecen las puras brisas de ese mar que tranquilo nos baña confiriendo pureza y esplendor a la tierra donde los libres dan asilo contra la opresión a todos los condenados de la tierra!” ¿Quedó bien? Si no está bien del todo, tal vez pueda añadirse alguna alusión a la proverbial belleza de la mujer chilena, a las empanadas de horno, sin olvidar al Club Hípico y al Cementerio General de que a justo título nos enorgullecemos. Y ¿si invocáramos aquella hueste chilena que avanzó a la lid pisando la arena del rápido Santa y que, serena la frente, reclamó, impaciente, vencer o morir? No, sería destemplado: eso era en el siglo diecinueve y se trataba de una hueste militar, dirigida, por la razón o la fuerza, contra presuntos enemigos bolivianos y peruanos, quienes se defendían. Hoy los militares están ocupados de la guerra interna, interna y hasta intestina, harto más difícil de ganar a la postre, y en la que, si bien casi siempre vencen, no mueren: operativos sí, batallas no. Y al enemigo en permanente acecho se le da a elegir: vivir con terror o morir sin gloria, sin gloria ni historia, sin historias y sin tanta historia.

Ensayemos otra vez: “¡Viva la fértil provincia y señalada, en la región antártica famosa, de remotas naciones respetada por fuerte, principal y poderosa!” Bien. Acaso un tanto hiperbólico, jactancioso, el final, pero oportuno de todos modos para recordar el pasado esplendor. Y muy útil el señalar la condición de provincia fértil a fin de promover las exportaciones no tradicionales. Además, en endecasílabos rimados: ni a don Alonso de Ercilla y Zúñiga le habría quedado mejor.

Si no fuese por el tufillo aquél, de Dinamarca, podríamos creer que estamos en la copia feliz del Edén.★

Por José Echeverría

